

# Epílogo

Así que «él» ríe  
~Yo soy Argonauta~

ΛΡΞΘΓΛΤ

Δυσπρόν ηί δ'ράι πο Ποτομπρυ πο λα  
Μαζι:φ+α+ρι:νυδανουεα

El camino de aguas residuales era insoportablemente apestoso, pesado y miserable.

Caminando solo en el alcantarillado, no había, por supuesto, ninguna luz de esperanza, y se sentía atrapado en un laberinto sin salida. En ese caso, esta oscuridad era el inframundo para Argonauta, el mismo camino del destino que había atado a la princesa con cadenas de sacrificio y la había arrastrado hacia las profundidades.

Incluso si lograba sobrevivir a esto, el tétanos sería inevitable. El destino del payaso ya había llegado a su fin. Un rincón de su mente escribió ese desenlace en el guion.

Pero Argonauta, desesperadamente, trató de borrar ese final de su propio guion y comenzó a escribir una nueva historia.

*El ridículo Argonauta siguió caminando.*

*Sin darse cuenta de que había sido engañado, continuó avanzando, tapándose la nariz y jadeando.*

*El camino, apestoso, pesado y oscuro, no le hizo dudar cuando pensaba: «No pasa nada, pronto estaré bajo el cielo abierto.»*

Escribió esas palabras en su mente, en el «Diario del Héroe» que no podía sacar, respirando con dificultad, y actuando como un payaso. Tenía que seguir actuando.

Porque si el telón caía ahora, no sería una comedia, sino una tragedia.

Su hermana, que lo había protegido, esa chica atada por las cadenas del destino, cerraría su vida en una tragedia.

Eso no podía suceder. No podía aceptarlo.

Por eso, no dejó de luchar.

No dejó de esbozar una sonrisa, aunque forzada y casi irreconocible.

Interpretó al alegre y tonto payaso que creía en la esperanza, caminando, caminando, siempre avanzando.

Y entonces.

La mano izquierda, que estaba siguiendo la pared, encontró una escalera que subía, empujó una puerta de hierro firmemente cerrada y la abrió.

—...La ciudad baja. —Lo que se desplegó ante su vista, acostumbrada a la oscuridad, fue un callejón sombrío que le resultaba vagamente familiar.

Al levantar la cabeza, vio el cielo gris y sintió unas gotas de agua que caían repetidamente sobre su frente.

Nubes gruesas que engullían el atardecer. Probablemente solo era una lluvia pasajera. Este aguacero, que caía en lugar de las lágrimas de alguien, no podría lavar la sensación de fatiga y vacío que se apoderaba de sus extremidades, pero Argonauta sabía que pronto se detendría.

—¿Logré salir del castillo...?

Aunque no había pasado mucho tiempo, para Argonauta, que había podido liberarse del interminable vagabundeo en la oscuridad del subsuelo, le había parecido una eternidad. Se quedó de pie por un momento, como un alma en pena. Su cuerpo, que miraba hacia el cielo, comenzó a tambalearse lentamente y se apoyó débilmente en la pared con su mano derecha.

Respiró con dificultad, temblando, exhaló y, obligándose a salir de su estado de aturdimiento, Argonauta miró a su alrededor mientras parpadeaba repetidamente. Estimó que probablemente estaba en la sección oeste de la capital real, el lugar donde había corrido sin descanso para proteger a Ariadna de sus perseguidores. La construcción fría y el ambiente de los callejones lo llevaron a esa deducción.

Con un suspiro de cansancio resonando en su cráneo, Argonauta se obligó a pensar, avanzando mientras su mente giraba en vacío. Quedarse en un lugar fijo era un error. Tenía que seguir adelante mientras pensaba.

Aunque estuviera lejos de encontrar una solución, tenía que escapar. Tenía que sobrevivir.

Sin importar cuánta desesperanza cayera sobre él, Argonauta...

—¡Oye, ¿has oído?! ¡Dicen que la princesa fue secuestrada!

—¡!

Justo antes de llegar a la calle principal de la ciudad, mientras avanzaba por el callejón, escuchó las voces de los ciudadanos detrás del sonido de la lluvia.

—¡Parece que fue obra de ese tal Argonauta, el «Candidato a Héroe»! ¡Los soldados del castillo ya han emitido una orden de captura!

—Yo también los vi. Los soldados estaban buscando con tanta determinación... ¡Pobre princesa...!

—¿«Candidato a Héroe»? Eso significa que es un forastero que vino de fuera de la ciudad, ¿verdad? ¡Qué tipo tan despreciable!

Al escuchar las voces de los habitantes de la ciudad, llenas de ira y tristeza, Argonauta tuvo que contener la respiración. Pegado a la pared, agudizó el oído, mientras su corazón latía violentamente.

*¿Los soldados están buscando por todas partes...? ¿Ya saben que estoy en la ciudad...?*

Era probable que ya se hubiera descubierto que había escapado del castillo usando el alcantarillado. Sin duda, los soldados estarían revisando todas las puertas de acceso al alcantarillado que conducían a la ciudad.

En cualquier momento, los perseguidores podrían estar acercándose.

—Oye, ¿qué está pasando?

—¡Oh, eres un viajero! Pues verás, un criminal despiadado que secuestró a la princesa está en la ciudad... —Uno de los ciudadanos, al no reconocer al hombre que acababa de pasar, se dispuso a explicarle la situación. Sin embargo, cuando se giró para mirarlo, se detuvo.

Argonauta, que había estado ansioso por obtener información, se quedó paralizado cuando se dio cuenta de que el hombre estaba mirando fijamente hacia donde él estaba escondido.

—...Oye, tú, el que está ahí...

Sorprendido, Argonauta se separó rápidamente de la pared y se alejó del lugar.

Sin embargo, era demasiado tarde.

Los múltiples pasos apresurados que se acercaban lo vieron mientras escapaba.

—¡Es él, tal como en la descripción del cartel! ¡Tú eres Argonauta, ¿verdad?!

La esquina lluviosa de la ciudad se llenó de caos al instante. Ni las explicaciones ni las objeciones llegaron a los ciudadanos, dominados por el miedo y la emoción.

La figura de Argonauta, corriendo por la calle empañada por la lluvia, no se diferenciaba en nada de la de un criminal cuya fechoría había sido descubierta.

—¡Es Argonauta, el malvado Argonauta está aquí!

—¡Guardias, por aquí, aquí!

—¡Perro bastardo! ¡Devuélvenos a la princesa!

Gritos de furia y horror resonaban por todas partes.

Piedras y frutas podridas eran lanzadas.

Se escuchaban repetidamente sonidos de cosas volcando.

Argonauta fue golpeado varias veces por las piedras que lanzaban al azar, su cuerpo tambaleándose mientras su rostro se contraía

de dolor, ocultando las gotas de sangre en la lluvia mientras seguía corriendo.

—¡Hah... hah...! ¡Ughhh...! —Con su última pizca de fuerza, empujó con sus pies el suelo y logró despistar a la multitud. Guiado por la pequeña porción de un mapa de la ciudad capital que apretaba en su mente, recorrió su ruta de escape, salpicando charcos repetidamente.

Corrió. Y corrió. Siguió huyendo.

Finalmente, cuando los pasos comenzaron a disminuir en número y sonido, las piernas de Argonauta ya no respondieron.

—...Ah. —Como una marioneta a la que le han cortado los hilos, todo su cuerpo perdió fuerza. Se inclinó hacia adelante y cayó al suelo. El sonido de la lluvia dominó el entorno, robando el calor del cuerpo de Argonauta.

*...Mis rodillas cedieron... No puedo despegar mis manos del suelo... ¿Cuánto tiempo he estado huyendo...?*

Aquellas silenciosas estatuas de espíritus observaban al joven desde arriba.

Estaba en la fuente artificial, la misma plaza de la fuente que había visitado antes con la princesa.

El cielo estaba despejado, y la fuente brillaba en un azul resplandeciente en ese entonces, pero ahora, con la lluvia, el paisaje se había vuelto frío, como un río desbordado, tanto en color como en sonido.

*Me perdí a mí mismo, caí en una trampa... Sacrifiqué a mi hermana, fui rescatado por mis compañeros, y al final, incluso me mostraron compasión...* —En medio de todo eso, Argonauta esbozó una sonrisa muy pequeña.

Era una sonrisa muy pequeña, de autodesprecio.

*Ah, qué crueldad...*

—Patético, Argonauta.



Una voz de mujer resonó, continuando con sus palabras de auto-desprecio.

—Y miserable, ridículo.

—...Olna. —Argonauta giró solo su cuello para mirar hacia arriba, y allí estaba la joven adivina.

Sin expresión, sin emoción.

Sin cubrirse con tela alguna, dejaba que su ropa y su piel morena se empaparan con innumerables gotas de lluvia mientras miraba fríamente hacia abajo.

—Engañado por tantos, utilizado por el rey, manipulado por las intenciones de muchos... Lo has perdido todo. A tu hermana, tus amistades, incluso tu dignidad.

—.....

—El destino de un hombre ridículo que soñó con una grandeza para la que ni siquiera tenía las cualidades de un «Héroe». —Olna describía el destino final de Argonauta con esas palabras. Como si fuera una profetisa. Como una tejedora de tragedias y calamidades—. Te lo dije. Si seguías adelante, solo te aguardaba la «ruina»... ...Qué patético, y bien te lo mereces.

—¿Solo viniste a burlarte de mí...?

—Sí, así es. Me escapé del castillo en caos solo para venir aquí y verte.

Ante las burlas de Olna, Argonauta dejó escapar una pequeña risa.

—Entiendo... viniste aquí, solo para reírte de mí.

—...¿De qué te ríes?

Solo repetía un monólogo descolorido, como si estuviera agradeciendo a la única «espectadora» que se había presentado en su oscuro escenario, donde no había audiencia.

Al ver esa sonrisa, Olna comenzó a irritarse lentamente.

—Siempre te odié. Te lo dije muchas veces. Especialmente, odiaba esa «sonrisa» tuya.

—.....

—Esa sonrisa despreocupada de alguien que no sabía nada. La sonrisa de un paciente que pretendía entenderlo todo.

—.....

—Creí que te vería llorar, gritar y sufrir, hasta volverte como yo... ¡¿Por qué puedes seguir sonriendo en una situación como esta?!

—Su irritación fue aumentando, acumulándose, girando en espiral, hasta que se transformó en furia.

El grito desgarrador de la joven resonó, y Argonauta, con una expresión que parecía a punto de quebrarse, levantó la mirada, sin intención de burlarse ni de ser sarcástico. Solo le sonrió.

—...Has estado tan sola, ¿verdad?

Ante esa sonrisa, la ira de Olna finalmente estalló.

—¡¡.....!! ¡¡No te burles de mí!!

—¿¡Guh...!?

La punta del zapato de Olna golpeó el hombro de Argonauta, levantando su cuerpo por un instante antes de que volviera a caer al suelo, pero la furia de la joven no se apaciguó.

—¿Compasión? ¿Lástima? ¿¡Tú sientes lástima por mí!? ¡Será porque no sabes nada!

—...Sí, no sé nada. Pero tú lo sabes todo... y has estado sufriendo todo este tiempo por eso. —A pesar de su cuerpo maltrecho y de no tener fuerzas, Argonauta trató de levantar su rostro del suelo, intentando ponerse de pie, como un bufón ridículo, solo por ella—. Porque no podías hacer nada...

Para secar las lágrimas que la lluvia ocultaba en el rostro de la joven.



—...¡Entonces, ¿qué se suponía que debía hacer?! —Sin embargo, esas palabras solo sirvieron como combustible para la furia de Olna. La expresión inmutable de su rostro se transformó en una mueca de rabia, y dejó salir toda la frustración y el dolor que había estado reprimiendo, sucumbiendo a la impulsividad—. ¡Si no se ofrecía un «sacrificio», la gente moriría, el reino moriría! ¡Si no sacrificabas a uno, perderías a cientos, a miles!

—¿¡Gah...!?

—¡Si el Minotauro, sin las cadenas que lo mantienen cautivo, es liberado, destruirá el reino! ¡Mujeres y niños serían devorados, y los hombres caerían ante su hacha de guerra! —Su impulso se convirtió en una lluvia de patadas.

Golpeó una y otra vez al payaso que, todavía sonriendo, intentaba levantarse, como si quisiera aplastar la impotencia que una vez sintió.

—¡No teníamos otra opción más que hacer lo que ese «monstruo repulsivo» del rey nos decía! ¡No teníamos más opción que ofrecer sacrificios para sobrevivir!

Una y otra vez, una y otra vez, y una vez más.

—¿¡Que este país es un «paraíso»!? ¡No me hagas reír!

Como un niño que nunca había recurrido a la violencia.

—¡Lo odio todo! ¡Odio este reino, odio este mundo, me odio a mí misma! ¡Todo, todo!

Como una niña desdichada que había estado reprimiendo sus lágrimas por demasiado tiempo.

—¡Tú también, sumérgete en la desesperación!!

Y continuó pateando, una y otra vez.

Con una conducta necia, el payaso deseaba convertirse en el desahogo de su impulsividad. Sin embargo, la furia intensa que había

hecho temblar hasta la lluvia pronto se dispersó, desvaneciéndose con los jadeos entrecortados.

Lo único que quedó fue un profundo arrepentimiento y una miserable sensación de vacío.

Quien realmente compadeció a la joven fue el mismo cielo.

La lluvia se intensificó.

Como si quisiera disolver y borrar todo, el viento y la lluvia azotaron con fuerza.

Frente al hombre caído como un cadáver, la joven inclinó la cabeza, sus ojos ocultos bajo el flequillo pegado a su piel.

Lo que quedó, tal como lo había predicho la adivina, fueron dos restos de desesperación, destrozados por la cruda realidad.

—Aun así...

...Debería haber sido así.

La mano del hombre, que yacía como un cadáver, formó un puño en medio del charco. Ante el susurro apenas audible, pero firme, la joven levantó el rostro, sorprendida.

—Aun así... —El payaso, que había sido engañado, tropezado y ridiculizado innumerables veces, se levantó una vez más en el escenario.

Si el desenlace de la obra a la que había llegado estaba destinado a cerrar el telón, su puño maltrecho agarraría la cuerda y volvería a levantarlo, sonando la campana para un segundo acto no previsto en el guion.

La joven estaba atónita.

El cielo estaba pasmado.

Ante un auditorio con solo dos asientos ocupados, el hombre finalmente se puso de pie. Su traje, completamente destrozado, era una visión lamentable. Sus piernas ya no podían bailar, y parecía que sus rodillas estaban a punto de ceder y derrumbarse.

Pero su garganta aún podía moverse, aún podía cantar, aún podía expresar su voluntad. Por lo tanto, su ópera no había terminado.

¿Quién estaba llorando?

¿Quién estaba herido?

En medio de esta tormenta, ¿dónde estaba la pequeña flor que debía florecer?

No necesitaba compasión.

No necesitaba consuelo.

En este momento, lo único que esta ópera necesitaba era una sola cosa que debía entregar a la joven en la audiencia frente a él.



—«Yo» me reiré.

—.....

Los ojos de la joven, reflejando esa «sonrisa», se abrieron de par en par.

—No importa cuánto me menosprecien, no importa cuánto se rían de mí... no importa cuánta desesperación sienta, siempre curvaré mis labios en una sonrisa.

El arco carmesí, junto con sus labios resquebrajados, golpeó el pecho de la joven.

—De lo contrario, ni los espíritus ni la diosa del destino sonreirán.

Quería ofrecer una «comedia» tan increíble que hiciera que con la risa se alejara la desesperación, una que hiciera que se revolcaran en el suelo sujetándose el estómago de tanto reír.

Así es como él sonreía.

—...¿Por qué?

Su corazón, empapado en la lluvia de la desilusión, sumergido en el pantano del odio hacia sí misma, y encadenado por la desesperanza, finalmente se conmovió.

No pudo evitarlo.

—¿Por qué tú... por qué eres así?

La única respuesta que el payaso le dio a la joven, que temblaba mientras trataba de articular las palabras, fue:

—Porque... hay alguien que necesita sonreír, justo frente a mí.

*Frizcop: Carajo, es cine.*

—¡!

—Olna... también quiero salvarte a ti.

Desde que conoció a las chicas, desde que llegó a la capital — desde que comenzó «Argonauta»— su deseo no había cambiado ni un ápice.

—Quiero ver tu sonrisa.

Lágrimas, imposibles de ocultar bajo las gotas del cielo, comenzaron a brotar de los ojos de la joven.

La lluvia rugía.

El viento aullaba.

El trueno, escondido en lo profundo de las nubes, resonaba.

Incluso después de ser asesinado por la desesperación, el necio hombre que no soltaba la esperanza fue llamado «Héroe» por el cielo.

—...¿Qué estás diciendo? Con lo destrozado que estás, apenas manteniéndote en pie... ¿qué estás...?

La joven lloraba.

Las nubes comenzaron a disiparse, la tormenta se alejaba, y bajo la llovizna que ya no podía ocultar sus lágrimas, lloraba con rabia, con pesar, y como si las emociones que había suprimido estuvieran desbordándose.

—¿Por qué harías algo así por alguien como yo...?!

En ese momento, cuando Olna intentaba desesperadamente contener las palabras y pensamientos que ni siquiera ella misma podía controlar, ocurrió.

—¡Ahí está, por allá!

—¡! —Tanto Argonauta como Olna se sorprendieron.

Desde el camino que conducía a la plaza, irrumpieron unos veinte soldados.

—¡Te hemos acorralado, Argonauta! ¡Rata despreciable, aquí te ajusticiaremos!

El capitán de los soldados, abriéndose paso entre la fila de armaduras, avanzó al frente.



Era evidente por su voz sádica que dentro del casco que cubría su rostro, albergaba una sonrisa.

—¡Espera... espera! ¡No le pongas un dedo encima a ese hombre!

—¿Lady Olna? ¿Por qué está aquí?

El capitán de los soldados no podía creer lo que veía cuando Olna, de repente, se interpuso para proteger con su cuerpo a Argonauta, que parecía que podría caer con solo un empujón.

Con un movimiento decidido, el capitán desenfundó su espada.

—¡Por favor, retroceda! ¡Es nuestro deber castigar a este traidor, ya hemos obtenido el permiso del rey! ¡No importa si lo llevamos de regreso al castillo como un «cadáver» que no puede hablar!

—¡.....! ¡No! ¡No lo permitiré! ¡Yo me haré cargo de este hombre!

Olna estaba más desesperada que nunca por alejar la sentencia del rey sobre Argonauta, algo que él nunca antes había visto en ella. Mientras los soldados a su alrededor se mostraban confundidos, solo el capitán esbozaba una sonrisa burlona.

—¿Qué es lo que está diciendo? Aunque sea una invitada, no debería olvidar su lugar como simple adivina. Si sigue con estos «juegos», ni siquiera nuestro indulgente rey la perdonará.

—¡.....! —El rostro de Olna se torció de frustración ante el descaro del hombre.

El capitán la tomó por la mano y la empujó a un lado.

—¡Aquí termina todo, Argonauta! Enterraremos en las sombras a ti y a la princesa desaparecida.

—¡Guh...!

—¡Ja, ja, ja! ¡¡Muere!!

Todo se desarrollaba según lo esperado. El capitán, que conocía los secretos del terrible toro y del sacrificio, lanzó una carcajada mientras arremetía con su espada contra Argonauta.

—...¿¡Guaah!?

Y entonces, una flor carmesí floreció.

No del cuello de Argonauta, sino de la unión de la armadura del capitán.

—¡Haa, haa...!

Detrás del capitán que cayó pesadamente, la figura que sostenía un cuchillo ensangrentado era Olna, con sus manos temblando y respirando agitadamente.

—¡¿Capitán?!

—¿¡Un cuchillo oculto...!? ¡Lady Olna, ¿qué ha hecho?!

Los soldados, que habían sido tomados por sorpresa al ver a la joven ocultando un arma de filo, gritaban desconcertados, mientras Argonauta también mostraba su asombro.

—¡Olna...!

—¡No tuve otra opción...! ¡Mi cuerpo se movió por su cuenta!

Olna volvió a proteger a Argonauta con su cuerpo, respondiendo con gritos.

—¡No quiero que mueras! ¡La tonta de mí tuvo ese pensamiento!

Mientras Olna miraba a los soldados con furia y se esforzaba por protegerlo con su espalda temblorosa, Argonauta se quedó sin palabras. Al mismo tiempo, apretó los dientes y sacó su propio cuchillo de su cintura.

Reuniendo todas sus fuerzas, también intentó proteger a la joven.

—¡Malditos...! ¡Atrapen a esos dos juntos!

El suboficial gritó con rabia.

Los soldados, viendo la resistencia de los «dos criminales», ya no mostrarían piedad.

Con voces feroces como las de unos bandidos, se lanzaron al ataque.

En una desesperada situación sin salida, Argonauta y Olna, cerca el uno del otro, intentaron resistir hasta el final... en ese momento.

—Hazlo, espíritu.

Una voz resonó.

Luego surgió una «explosión de llamas».

—¿¡Guaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!?

Una increíble secuencia de llamas rojas lanzó a los soldados por los aires.

Como si rodeara y protegiera a Argonauta, de la tierra surgieron anillos de fuego, que arrojaron a los soldados que los atacaban desde todas direcciones.

Los soldados de Lakrios, envueltos en llamas, cayeron de espaldas o de hombros al suelo, perdiendo la conciencia y liberando humo espeso de sus armaduras quemadas.

—¿Qué...?

—¿Magia de fuego...? No, eso fue...

Olna, asombrada, se quedó atónita, mientras Argonauta, que había visto a Feena hasta ese momento, entendió.

La vista del mar de llamas frente a él no era una simple magia de elfos.

Era un «milagro» de nivel superior.

—¿Oye, habría sido mejor no haberlos ayudado?

Pronto, la respuesta a la pregunta llegó desde el exterior de la plaza.

Como si el rugido de las llamas hubiera sido el desencadenante, la lluvia que caía del cielo cesó por completo.

Delante de Olna y Argonauta, que estaban atónitos, un «joven» apareció, cubierto con una especie de capa de piel, mientras la luz de las llamas iluminaba su cabello rojo y despejaba la oscuridad.

—Vine a ver al villano que secuestró a la princesa... pero claramente ellos parecían más villanos que tú.

Argonauta reconoció la voz.

Era la misma que había escuchado hace poco, mientras huía de la multitud.

—*Oye, ¿qué está pasando?*

—*¡Oh, eres un viajero!*

Un viajero del exterior, igual que él.

Argonauta abrió los ojos al ver al «extranjero».

—Tú eres...

El fuego que había salvado a Argonauta danzaba.

Las llamas ardientes formaban espirales y volvían a rodear al joven.

Entonces, Argonauta y Olna se dieron cuenta.

La capa en los hombros del joven no era una capa de piel, sino una manifestación del fuego.

El «espíritu» que ardía y ondulaba, esculpía el contorno humano, elevándose del joven en forma de innumerables chispas de fuego, como una fantasía.

—*¿Yo? Soy Crozzo. Simplemente Crozzo.*

Portaba una gran espada resplandeciente de luz ardiente.

Desprendiendo su capa, que había estado protegiéndolo de la lluvia, «Crozzo» con la espada brillante en el hombro, esbozó una sonrisa alegre.

—Soy solo un humilde herrero.



La marcha del payaso no terminó.

Sin embargo, las ruedas de la tragedia tampoco se detuvieron.

Entonces, solo quedaba que el trompetista anunciara el zarpe de un barco.

El héroe tejía su propio destino con sus propias manos.

Los actores estaban listos.

Esto era la comedia que amábamos...